

Arqueología Social Latinoamericana en palabras del Profesor Lumbreras: Retomando los caminos del ídolo invisible.

Dánae Fiore²

El camino de la producción teórica en arqueología es fascinante. Y parte de esta fascinación pasa por aprender acerca de cómo un conjunto de personas creó y aplicó un conjunto de conceptos, a partir de sus propias subjetividades, situadas en contextos histórico-sociales específicos, que ellos/ellas mismos estaban intentando transformar. La lectura de esta entrevista nos abre una ventana a uno de estos procesos, el de la construcción de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL), mediante la entrevista a uno de sus principales creadores, el Profesor Luis Guillermo Lumbreras. Agradezco especialmente a Roberto Campbell, Daniela Valenzuela y Marta Alfonso por la invitación a realizar este comentario, que implica una gran responsabilidad tanto por la envergadura del académico entrevistado, como por las implicaciones sociales y políticas que tiene la ASL en Latinoamérica. La cantidad de planos y aristas que ofrece el texto para su posible discusión es vasta, y he seleccionado aquellos que considero arrojan más luz sobre las características principales de la ASL, pensando especialmente en los/las lectores más jóvenes que se introducen a este tema.

La entrevista fue producida por el Grupo de Estudios de Arqueología Crítica, generado en Chile por jóvenes universitarios/as con el propósito de autoformarse en perspectivas teóricas poco trabajadas en los programas de sus carreras: nada más adecuado como agentes de estas indagaciones que jóvenes organizados en un colectivo, persiguiendo completar su formación con ideas de fuera del sistema (“subversivas”, dirá Lumbreras en la entrevista [Kelly *et al.* 2019:49]). Lo llamativo, ciertamente, es que ideas generadas en Latinoamérica en la década de 1970 sigan estando fuera del sistema universitario de países latinoamericanos. Incluso si los/las docentes de esas universidades consideran que son ideas “antiguas” y/o “superadas”, sería beneficioso que la ASL fuera parte de los programas de estudio, con todas las críticas fundamentadas que se quieran hacerle. Sería, además, académicamente correcto el trabajar este tema en las materias de grado, para dar cuenta de la historia regional de nuestra ciencia. Es muy bienvenido entonces que se publique esta entrevista, porque aporta a revertir esa tendencia.

En la introducción previa a la entrevista, los/las entrevistadores mencionan claramente una de las causas del abandono de la enseñanza de la ASL en el ámbito universitario, y también de su uso en la arqueología de Latinoamérica: “De la mano de la neoliberalización del país y del continente latinoamericano, la práctica arqueológica progresivamente se ha despolitizado y mercantilizado.” (Kelly *et al.* 2019:38). Esto de ninguna manera significa que toda la arqueología en nuestros países esté alejada de la política, pero sí es notorio que muchos discursos y prácticas arqueológicas no explicitan las posturas políticas desde las cuales se construye conocimientos sobre el pasado, ni se enlazan éstos conocimientos con el presente. Y digo que no las explicitan, porque las posturas están, solo que frecuentemente están implícitas. Veamos entonces qué visiones expone Lumbreras sobre la ASL.

El primer concepto que quiero comentar es aquel de plantea Lumbreras respecto del materialismo histórico y el materialismo dialéctico, sosteniendo una visión anti-dogmática, que está lejos de la imagen estereotipada de un marxismo ortodoxo en lo teórico y prescriptivo en lo práctico. Esto es

2 CONICET-AIA-UBA. danae_fiore@yahoo.es

notorio cuando dice que “nos caracterizamos por (...) discutir cada una de las cosas que pensamos, o hacemos, y de **reconocer que hay otros que pueden tener la razón**” (el énfasis es mío) (Kelly *et al.* 2019:39). Ello se vincula directamente con dos ideas: por una parte, la noción de que la ortodoxia dogmática es lo contrario al crecimiento científico y que, para desarrollarse, la ciencia requiere pruebas. Las pruebas, siguiendo a Lumbreras, son las que permiten sostener –pero también refutar– las afirmaciones que se hacen sobre los datos (afirmaciones tanto ajenas como propias), que el autor vincula con la noción de “arqueología testimonial” (Kelly *et al.* 2019:39). Por otra parte, la noción de que la producción de conocimiento es históricamente situada y subjetiva. En este punto, Lumbreras presenta una noción de subjetividad directamente enraizada teóricamente en el marxismo clásico, cuando afirma que “es el mundo material el que determina la conciencia” (Kelly *et al.* 2019:39); y también muy fundamentada epistemológicamente en el positivismo clásico cuando afirma que “Los criterios con los que trabajamos tienen siempre un fundamento subjetivo, por lo que se debe, entonces, desarrollar elementos de prueba que posean un grado alto de objetividad” (Kelly *et al.* 2019:39). Creo que las pretensiones de obtener un alto grado de objetividad se han desgastado bajo las múltiples y certeras críticas desarrolladas ya por varias décadas desde dentro y fuera de la teoría arqueológica, que han señalado claramente que la construcción de conocimiento está orientada y sesgada por una multiplicidad de factores contextuales y subjetivos. El mismo Lumbreras lo reconoce cuando dice sobre la subjetividad que “**no hay como evadirla**. Tratamos de hacerlo, y el positivismo de alguna manera intentó eso” (el énfasis es mío) (Kelly *et al.* 2019:41). A su vez, rescato como noción aún vigente, cardinal e insoslayable, el señalamiento del autor acerca de que en arqueología el trabajo con datos y con materiales es crucial: si bien los datos son interpretables desde variadísimas perspectivas, los materiales responden a una realidad pasada, que nunca conoceremos de manera objetiva, pero cuya materialidad implica que no toda interpretación es igualmente válida ni igualmente analítica, precisamente porque los análisis e interpretaciones derivan de la teoría, pero se fundamentan en datos de la realidad.

Desde el discurso de Lumbreras, y desde la ASL, la noción de realidad es fuerte y no es negociable: me parece una sana postura frente al volátil concepto de que “el pasado no existe” y que “el pasado es una construcción desde el presente”, que ha circulado profusamente a partir de los planteos de la arqueología postprocesual de raíz anglosajona. Las implicaciones sociales y políticas de esas frases postmodernas van mucho más allá de la discusión sobre la objetividad en arqueología, ya que, llevadas a su máxima expresión, niegan precisamente la existencia de los eventos reales que la arqueología pretende estudiar, y los reduce a una mera construcción subjetiva contemporánea, centrada exclusivamente de los/las arqueólogos del presente. Una llamativa paradoja para un marco teórico, que, además, planteó la noción de “multivocalidad”, pero la clausuró cuando se trata de las voces del pasado. Esto no solamente invisibiliza la agencia de los sujetos que produjeron esos “hechos sociales” –*sensu* Lumbreras–, sino que también tiende a negar la contundente existencia de esos hechos, los cuales, en el caso de Latinoamérica, no solo incluyen los eventos de la larga prehistoria regional, sino los numerosos casos de situaciones coloniales y dictaduras del pasado reciente. El pasado no es una construcción desde el presente; el conocimiento del pasado sí lo es. En tal sentido, considero que retomar la concepción de los hechos del pasado como reales (aunque objetivamente inalcanzables), es correcto teóricamente, pero es además una afirmación política de alta relevancia para la arqueología actual.

Este planteo nos lleva al segundo concepto que destaco de la entrevista a Lumbreras, que es el relativo a la multidimensionalidad de las relaciones humanas. Si bien en su discurso este investigador sostiene claramente varios conceptos básicos del materialismo histórico tradicional (ej. “condiciones

materiales de nuestra existencia”, “relaciones sociales de nuestra existencia” [Kelly *et al.* 2019:40]), expresa claramente un rechazo al economicismo por el cual este marco teórico ha sido tan –fundamentadamente– criticado, cuando dice: “Somos personas en las que funciona todo al mismo tiempo” (Kelly *et al.* 2019:40), y citando a Mariátegui sostiene que pensamos con el cerebro, con las manos y con el estómago. Esta sincronía del funcionamiento de muchas dimensiones en una misma persona es también visible en la sociedad, cuando por ejemplo explica que la división entre economía y religión es solamente analítica, pero que, en la realidad, operan de manera conjunta. Si bien esto podría inicialmente parecer una perogrullada, es ciertamente un atinado comentario, en tanto que en arqueología es sumamente común encontrar procesos de reificación de determinadas categorías, asignadas exclusivamente a un tipo específico de material arqueológico. Por ejemplo, la asociación unívoca y estrecha entre subsistencia y economía o entre arte e ideología, que no facilitan la visión multidimensional de cada una de estas esferas de la práctica humana (hay economía en la subsistencia, por supuesto, pero también hay ideología, porque se piensa, se valora y se genera discurso sobre lo que se come – y sobre lo que no se come también).

Esta multidimensionalidad de las relaciones humanas nos lleva a su vez a un tercer concepto central en la entrevista, enunciado claramente por Lumbreras: “nuestra forma de relación tiene una base central que se llama trabajo” (Kelly *et al.* 2019:40). Así, el estudio del proceso de trabajo, incluye pero excede el estudio de las tecnologías y los instrumentos de trabajo, porque el trabajo está implicado en toda forma de relación de las personas entre sí y con la naturaleza. Y en esta relación, que en su materialidad es simultáneamente económica, social, política e ideológica, Lumbreras incluye a los contemporáneos y a los antepasados, a la tierra y a “todo lo que es material de nuestra existencia, incluyendo nuestro cuerpo” (Kelly *et al.* 2019:40). Estas nociones de territorialidad, ancestralidad y corporalidad bien pueden contribuir a la ampliación de una noción renovada de subjetividad humana, de ontología materialista y alcances analíticos muchos más profundos que los originalmente esgrimidos por el materialismo histórico tradicional.

Este énfasis en el concepto de trabajo es crucial, ya que, tal como dice el entrevistado, “Cuando usted estudia el trabajo, está estudiando toda la actividad social.” (Kelly *et al.* 2019:48). Coincido plenamente con esta visión, que, en lo personal, es la que me llevó a estudiar los procesos de trabajo subyacentes a la producción artística, des-configurando la asociación unívoca entre arte e ideología arriba mencionada, para aportar una vía de análisis centrada en la economía del arte. Eso que menciona uno de los entrevistadores como “arqueología del trabajo” (Kelly *et al.* 2019:48) es una postura teórica de un potencial cuasi-infinito, y es para mí uno de los principales aportes de este marco teórico, porque ofrece una enorme riqueza para adentrarse en todas las redes y procedimientos de producción, usos y vínculos con tierras y aguas, materiales y seres, generadas por las personas a lo largo de su existencia. Y no es una visión inocente ni neutra, ya que una arqueología del trabajo implica un amplísimo rango de variabilidad de acciones de las personas y entre personas: no se trata de estudiar solo los procesos de producción, sino también las formas de propiedad, de reciprocidad, de colectivismo, de alienación, de explotación y de desigualdad. Ahora bien, ni los entrevistadores preguntaron, ni Lumbreras mencionó, las formas metodológicas de aplicar estos conceptos al análisis de los materiales arqueológicos. Este fue para mí el flanco más débil de la ASL en sus propuestas originales y una de las causas de su comparativamente baja aceptación dentro de la arqueología latinoamericana, junto con su asociación a posturas políticas marxistas, cuyos fantasmas emergen de las lamentables y repudiables dictaduras militares con apoyo de sectores de las sociedades civiles que ejercieron terrorismo de estado en nuestros países. Si vamos a construir una arqueología del trabajo, debemos insistir en profundizar todas las vías conceptuales

y metodológicas que sirvan para su exploración y análisis, desde las secuencias de producción y las cadenas operativas, desde la arqueología experimental y la arqueología visual, hasta los análisis microscópicos, paleoambientales y tafonómicos, la etnoarqueología, los estudios de género y los trabajos con Comunidades de Pueblos Originarios, que aporten para dar cuenta de la construcción de vínculos –económicos, políticos, afectivos– entre personas, seres vivos de otras especies, objetos, paisajes y ancestros.

Finalmente, queda claro en la entrevista que la ASL ha contribuido efectivamente a definir nuestra disciplina como una práctica que excede en mucho el “contar tiestos” y “hacer tablas” (Kelly *et al.* 2019:42), porque debe ir “más allá del objeto, hacia el estudio de la sociedad” (Kelly *et al.* 2019:47). Eso que ya Gordon Childe –“el ídolo invisible” (Kelly *et al.* 2019:402)– había propuesto hace casi un siglo, se retoma como agenda y se verifica como posible. Una potencial vía metodológica para este camino es la planteada por Lumbreras cuando menciona la necesidad de “una categoría como la de **unidad arqueológica socialmente significativa**, es decir que la unidad arqueológica tenga un significado social que sirva para entender algo de lo que estaba pasando en la sociedad” (el énfasis es mío) (Kelly *et al.* 2019:48), que nos invita como lectores/as a seguir explorando sobre el tema. Porque una arqueología social no solo es posible, sino necesaria, para destrabar los tabiques de la relación pasado–presente en Latinoamérica, para explorar y analizar de manera relacional las múltiples dimensiones que la materialidad adquiere mediante la agencia humana y para construir conocimiento rigurosamente científico, pero socialmente comprometido.

Referencias

- Aguilar, M. y H. Tantalean. 2013. *Arqueología Social Latinoamericana. De la teorías a la praxis*. Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Carrión, H., C. Dávila, A. Delgado, N. Fuenzalida, P. Kelly, F. Moya, S. Rebolledo, S. Sierralta, J. Sepúlveda y C. González. 2015. Evaluación de la Arqueología Social en Chile: desarrollo histórico y revisión crítica del proyecto disciplinar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45:95-114.
- Fuenzalida N. 2011. Cuartel Terranova análisis de la Configuración espacial en relación a las estrategias de represión y control de los cuerpos de detenidos y torturados. *La Zaranda de Ideas, Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología* 7:49-63.
- Fuenzalida N. y S. Sierralta. 2016. Panfletos y murales: la resistencia popular a la dictadura chilena (1980-1990). *Revista da Sociedade de Arqueologia Brasileira* 29(2):96-115
- Gallardo, F. 1983. La arqueología ¿una ciencia social? En: *Arqueología y Ciencia: Primeras Jornadas*, editado por L. Suárez, L. Cornejo y F. Gallardo, pp. 90-102. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.
- Gallardo, F. 2006. *Comentario al libro Arqueología y Sociedad* de Luis Guillermo Lumbreras, 2005, Instituto de Estudios Peruanos, Museo Nacional de Arqueología y Antropología, INDEA, Lima. *Chungara* 38(1):150-151
- Kelly P., N. Fuenzalida, S. Sierralta, S. Rebolledo, N. Águila y J. Sepúlveda. 2019. “Si la arqueología no me sirve para entender lo que pasa en mi país ahora, de verdad no vale la pena”. Entrevista a Luis Guillermo Lumbreras. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 49:37-52.
- Lumbreras L.G. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Histar, Lima
- Lumbreras L.G. 1981. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones PEISA, Lima.

- Lumbreras L.G. 2005. *Arqueología y Sociedad*, editado por E. González Carre y C. del Aguila. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Sierralta S. 2017. La arqueología chilena en el Gulumapu: narrativa histórica en una zona de conflicto. *Revista Chilena de Antropología* 36:255- 274.
- Sierralta S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Revista Chilena de Antropología. Ahead of print*.